

contemporáneos, iniciada en 1998 con *Las respuestas del mudo*, dedicada a Julio Ramón Ribeyro, y que seguiría con otro tomo de Entrevistas escogidas a Alfredo Bryce Echenique. El presente libro superará probablemente a los anteriores en interés para el lector, dada la mayor proyección internacional alcanzada no sólo por la obra de Mario Vargas Llosa, sino también por su propia condición de intelectual comprometido con la vida pública, a la que estuvo próximo incluso a sacrificar su carrera literaria.

Todos los textos seleccionados han aparecido en la prensa peruana y abarcan cuarenta años de la carrera del escritor, lo que permite apreciar la evolución de su pensamiento, desde el inicial entusiasmo socialista hacia un progresivo distanciamiento motivado por acontecimientos como el «caso Padilla» o la primavera de Praga, que le acaban convirtiendo en un resuelto defensor de las tesis liberales. Esto, unido a la aventura de Vargas Llosa por la obtención de la presidencia del Perú, hace que algunas de las entrevistas tengan un contenido casi exclusivamente político.

Dicho cambio ideológico, bien conocido, discurre al tiempo que el aumento de su obra. No sólo se

muestran testimonios de la novedosa aparición de libros que hoy son ya clásicos de la literatura hispánica, sino en algunos casos su larga gestación como proyectos de escritura (en 1984 ya declara estar preparando una novela sobre Flora Tristán, ese *Paraíso en la otra esquina* que aún habría de demorarse por dos décadas). Todo ello junto a declaraciones constantes acerca de sus ideas sobre la novela y el oficio del escritor, «elegido por sus temas» y con entregada disciplina; sobre su voluntad realista nada tradicional y su arraigo en el Perú sin ceder por ello al pintoresquismo indigenista; sobre sus bien conocidas devociones por Balzac, Flaubert o los libros de caballerías... o las menos conocidas por la «subliteratura» de las telenovelas, el *western* o los melodramas mexicanos (una entrevista de 1970 tiene el cine como tema expreso). De gran interés es asimismo su juicio personal o literario sobre autores contemporáneos (remito a su remembranza de Ribeyro en 2002). En definitiva, el libro de Coaguila supone toda una ocasión para redescubrir de un modo directo la formación de uno de los autores fundamentales de la literatura actual.

Manuel Prendes

El fondo de la maleta

La lectura en números

El sindicato que agrupa a los editores españoles realiza encuestas anuales sobre hábitos de lectura. La correspondiente al año 2004 fue compuesta a partir de 14.000 entrevistas y arroja una serie de resultados constantes y previsible: las mujeres leen más que los hombres, los universitarios más que los menos letrados, los parados más que los ocupados, la gente de grandes ciudades más que la campesina y aldeana. El género más leído, con enorme ventaja, sigue siendo la novela, dentro del cual crece la demanda de novelas históricas, vaga categoría que va desde la caverna de nuestros ancestros los trogloditas hasta la batalla de Bagdad.

En cuanto a los autores, la mayoría de los mejor vendidos pertenecen a los grandes grupos editoriales como Planeta, Random House-Mondadori y Zeta. Los editores independientes sólo por excepción se introducen en este brillante renglón del negocio y, con normalidad, consagran a unas firmas que enseguida pasan a las empresas de tipo *holding*.

Por lo que hace a revistas como la nuestra, es significativo

que apenas uno de cada cinco lectores admite que se deja guiar por lo que dicen las reseñas bibliográficas. Cabe traducir: las secciones de libros de los suplementos que emiten semanalmente los cotidianos. La mayoría de las compras continúa apoyándose en la recomendación oral, en la respiración «boca a boca» de los lectores amigos, magistrales o fiables. Nadie reconoce como mentor de sus gustos literarios a los profesores de literatura.

Es claro que los números no implican calidades. Dicen cuánto se lee pero no dicen qué se lee y las calidades no se dejan pesar ni medir. Pero toda estadística debe descifrarse, justamente, como cifras y proporciones. De éstas podemos colegir que la influencia de los profesionales – maestros y críticos – es nula o minoritaria en los lectores y que las grandes casas, que tienen en sus manos la posibilidad de una mayor publicidad mediática, son las que mejor se orientan en la orientación, valga el eco. Si una conclusión, aunque momentánea, pudiera extraerse de cuanto precede, es que el editor sigue siendo el Lector Privilegiado de

nuestro mundo libresco. Más que por la literatura, somos leídos y preleídos por la industria. La única alternativa a esta cultura de la

producción en serie es la soledad del lector, la misma que Agustín descubrió cuando sorprendió a Ambrosio leyendo en silencio.



Almada Negreiros: Ilustración para *La Lámpara de gasolina* de Ramón Gómez de la Serna (*La Esfera*, 1930)

El doble fondo

La loca y cuerda literatura

Es fácil tentación para un psicólogo, psicoanalista o psiquiatra, ponerse a elaborar diagnósticos sobre personajes literarios. Profesores de psiquiatría criminal ha habido que enseñaron a sus alumnos la enfermedad del bovarysimo, es decir la que padecía la Madame Bovary inventada por Flaubert y que, según le oyeron decir los hermanos Goncourt, era el mismo Flaubert (se supone que después de escribir y leer sus *Costumbres de provincia*).

Felizmente, ha evitado esta tentación Carlos Castilla del Pino en su miscelánea *Cordura y locura en Cervantes* (Península, Barcelona, 2005). Sin dejar de lado su abundante bagaje teórico y práctico como psiquiatra, ha preferido abordar a Cervantes como lector de literatura. Y ello no consiste, simplemente, en disfrutar de los buenos libros sino admitir que proponen un grado de saber acerca de la vida del lector, de ese profesional del ensimismamiento que es el lector. Profesional porque profesa una fe, una confianza en lo que está leyendo: que lo va a entender y que sabrá algo más tras la lectura.

Tal vez Don Quijote sea un loco y hasta de tal o cual especie pero no se trata, como Castilla discurre con agudeza, de una locura clínica, porque el psiquiatra no está ante una persona de carne y hueso a la que puede investigar a sus anchas, sino ante una serie de datos que configuran una ficción. Más aún: en el caso del Quijote, una ficción que involucra a los demás personajes del libro, los que, tópicamente, encarnan el mundo de la cordura. Aunque sea una cordura despiadada que lleve a Don Quijote a ser enjaulado y a buena parte de su biblioteca, a la higiénica hoguera de la ortodoxia.

Como concluye Castilla, lo que nos ofrecen los personajes de la literatura no son casos sino esquemas, tan dotados de verosimilitud que acabamos por utilizarlos como modelos de nuestra percepción de los otros. Y así es como el señor de la esquina se nos antoja quijotesco y Flaubert acaba pareciéndose a Emma Rouault de Bovary. Somos los que somos, nos sugiere Castilla pero, sobre todo, somos lo que los demás desean, fantasean, imaginan y creen que